



La tertulia en el «café»; que no es precisamente un café, sino un estrecho trozo de acera donde los hombres —las mujeres nunca— se reúnen a charlar, fumar y tomar una tacita del delicioso café turco que se suele preparar en el interior de una casa particular. Algunos aprovechan el rato de descanso para hacerse limpiar los zapatos por un limpiabotas, que posee una caja tan reluciente y llena de dorados como un automóvil de lujo.

TIERRA SANTA TIERRA ALEGRE

AUN está Pablo VI en Jordania cuando llegamos a Amman. Su efigie junto a la del rey Hussein, cadenas de colores, como las de nuestras verbenas, hileras de bombillas en los edificios públicos, dicen que la ciudad está de fiesta.

Encontrar un alojamiento es un problema. Todos los lugares apropiados han sido habilitados para albergar a las doscientas mil personas que se han desplazado en estos días y hasta en el aeropuerto vemos pilas de colchones de un color rosa violento.

Nos toman por italianos. Cuando decimos que somos españoles, un árabe, con su «kifia» castizamente inclinada sobre un ojo, abre una gran sonrisa y dice:

—¡Oh, torador! Yo, toro...

Y levanta sus dos índices sobre su frente remediando al bicho.

En España, a nadie se le hubiera ocurrido esta broma.

Jerico: oasis en el desierto

Alguien nos aconseja que vayamos a Jerico, donde Herodes el Grande edificó su palacio; tierra de palmeras, flores y pomelos, los más grandes que hemos visto jamás y que esconden su pulpa bajo una gruesa capa de tejido blanco y esponjoso.

La dueña del hotel, una anciana que fuma constantemente cigarrillos muy perfumados, de ojos vivísimos, nos dice, apenas nos ve:

—Ustedes acaban de llegar de España.

Aún no nos ha oído hablar.

—Es que tengo un don... —dice a modo de explicación—. Adivino muchas cosas...

Y sonrío, picara, como una piteñesa presumida.

Las habitaciones poseen algunas características peculiares. Todas se «alumbra» con bombillas que, a juzgar por

sus débiles posibilidades, no deben pasar de los veinticinco watios y tienen diminutos lavabos con los grifos colocados a increíble altura.

Esta curiosa idea acerca de la colocación de los grifos, que hace que uno, cuando pretende lavarse las manos, se duche al mismo tiempo, está muy arraigada en tierras jordanas. Los hemos de encontrar iguales en todos los sitios.

La cena, para nuestros paladares españoles, tiene un ingrediente no demasiado agradable. Las berenjenas rellenas y las mollejas de gallina en salsa que nos sirven están guisadas con grasa de oveja, la única que se utiliza para preparar las comidas.

En esta tierra de olivos famosos no hemos probado el aceite de oliva.

el gran bazar

Por la Puerta de Damasco entramos a la parte más antigua de Jerusalén. Las

calle con escalones, estrechas y sombreadas por las casas que las cubren a modo de entoldado, constituyen un inmenso mercado.

En grandes calderos de metal, como los que utilizan los churreros, hierven la grasa de oveja y se doran croquetas hechas con harina y hojas de menta, pinchitos y buñuelos; que luego se unarán con miel y pistacho machacado.

Algunos hombres, apoyados en la pared sin pregonar su mercancía, pretenden vender dos o tres coliflores que sostienen entre los brazos con mimo, como si fueran niños recién nacidos.

No hay perros ni mendigos; pero sí borricos, el animal bíblico por excelencia, andando por las aceras.

Y una junto a otra, en número incalculable, tiendas donde se exponen objetos religiosos, cacharros de barro, collares de vidrio, pulseras y pendientes de plata. Y flotando en el aire, envolvién-

dolo todo, un agudo olor de especias y fritura.

don quijote en jerusalén

En cuanto asomamos la nariz en una tienda nos dicen en un inglés malo, que es el que entendemos perfectamente los que hablamos mal inglés:

—Españoles son como nosotros. Misma sangre. Amigos. ¿Quieren té o café?

Sin duda hemos dado con un comerciante que siente especial simpatía por nuestra tierra, pensamos. Y nos bebemos el café turco, espeso y dulce como un caramelo, que se ha preparado no sabemos dónde.

Pero más tarde, al entrar en otras tiendas, comprobamos que aquella invitación no era una generosidad aislada, sino una regla general. El café se ofrece como bienvenida, como expresión de hospitalidad. Y nos lo dan antes de que compremos nada, con la misma sonrisa encantadora con que nos despiden si nos marchamos con las manos vacías.

Un muchacho, en la puerta de uno de estos comercios de la calle de la Amargura, llamado «Octava Estación Shop», me enseña un cuadrito.

—San Jorge, señora... Bonito...

El cuadro representa a Don Quijote, a caballo y con su lanza, arremetiendo contra el rebaño de corderos.

Trato de explicar al mozo que está equivocado; que ése es un personaje español muy famoso.

El sonríe, mitad cortés y mitad divertido, por mi ignorancia.

—No, señora... San Jorge... Gran santo...

¿Para qué discutir? El está contento. Yo también. Todo el mundo parece estar contento en esta tierra.

familias numerosas

Un taxi nos lleva a la mezquita de Omar, el santuario musulmán más importante después de La Meca. Como todos los que hay por aquí, es un coche americano, estupendo, que el chófer conduce con gran pericia mientras nos cuenta que ha nacido en Belén y que pronto va a casarse.

En los jardines de la mezquita hay niños jugando al sol y un hindú descalzo que se depila la barba tranquilamente mirándose en un espejito. Da escalofríos ver, tocar, las tres columnas que quedan del templo de Salomón, el de las innumerables esposas, el del Cantar de los Cantares y el Eclesiastés.

El sacerdote musulmán que nos acompaña me llama «hermana» y asegura que pronto vendrá a visitar España con su familia.

Más modesto que Salomón, tiene sólo cuatro mujeres.

tapas jordanas

Cuando regresamos al hotel, el chófer del taxi nos invita a tomar un aperitivo. Vamos a un bar próximo donde nos sirven, con el botellín de whisky para cada uno, carne de ternera con mucho ajo y pimentón, lechuga picada con leche agria, rodajas de rábanos enormes y un queso blando y soso, parecido al de Villalón.

El hombre sonríe, sonríe constantemente. Le pregunto por qué está tan alegre, si es con motivo de su próxima boda.

SIGUE



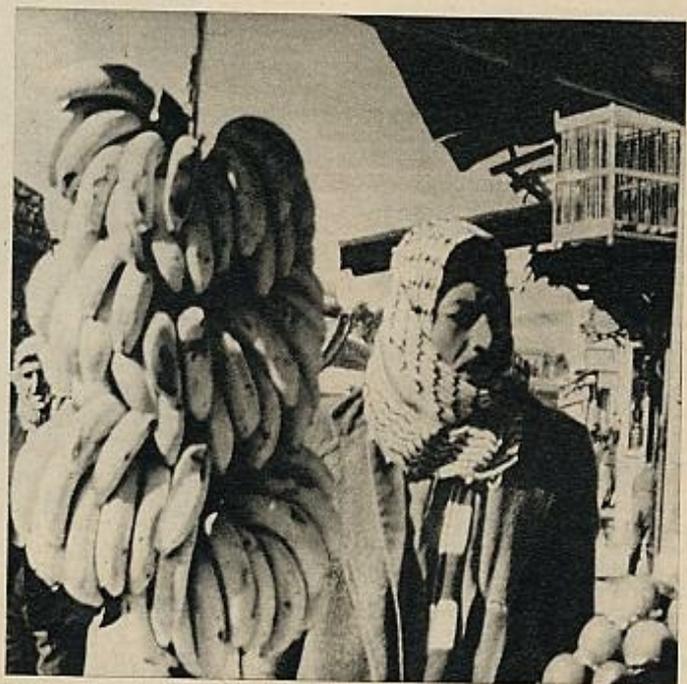
Como desde hace siglos, los borriquillos continúan atravesando Jerusalén con su pesada carga a cuestas. La estampa se ha hecho ya característica en la histórica ciudad y los peatones se entremezclan con ellos en las típicas calles.



Por una de las calles de la parte vieja de la ciudad, engalanada con guirnaldas y banderitas de colores, circula una mujer. Contrasta curiosamente con su ropa occidental el crespón negro que le cubre por entero la cabeza. Por el contrario, las muchachas jóvenes copian las costumbres de Occidente y ya van con el rostro descubierto y ataviadas con vestidos y adornos más en consonancia con los tiempos modernos. A pesar de ello, romper con la milenaria tradición necesita todavía mucho tiempo.



A lo largo de la carretera de Jericó, hay muchos puestos como éste, donde se venden enormes pomelos, de pulpa menos amarga de los que se comen en Europa o América. Esta fruta nace en los oasis, en medio del desierto.



La «kiffia» —cuadrado de tela de algodón que se coloca sobre la cabeza, doblado en forma de triángulo y sujeto con un cordón— constituye el tocado habitual de los habitantes de Jordania. Así ataviados van por las calles.

—No —dice—. Es porque Dios está siempre conmigo.
No podía haber dado una razón mejor.

¿y las mujeres?

En relación al número de hombres, se ven muy pocas por las calles. Y nunca están con ellos en los grupos que toman café, sentados en las aceras, charlando.

Algunas llevan vestidos hasta los pies, con flores pequeñas bordadas a lo largo de la falda, y en la cabeza un manto que les llega hasta la cintura y les cubre enteramente la cara.

—Son mujeres del campo —me explica un árabe que nos acompaña—. Las muchachas de la ciudad ya no se tapan así.

Sin embargo, vemos muchas que, aun viviendo en la ciudad y llevando vestidos occidentales, se cubren también la cabeza y el rostro con un pañuelo negro, como el crespón de las viudas.

Pregunto a nuestro acompañante si las mujeres trabajan fuera de sus casas.

—Sí..., las jóvenes se colocan en oficinas, en escuelas... Pero dejan de trabajar cuando se casan.

No, Jerusalén no es ciudad de mujeres. Es raro encontrar alguna vendiendo en las tiendas o en los mercados, y las que pasan por las calles aprietan el paso cuando nos ven enfocando hacia ellas nuestras cámaras fotográficas.

Muchas veces nos han dicho, a lo largo de este viaje: «Tómese su tiempo», invitándonos a tomar café, a comprar, charlar o curiosar despacio.

El tiempo camina lento en Oriente y las mujeres no pueden escapar a esta regla. Pero acabará por llevarse velos y temores a ese lugar donde se esconden las reliquias del pasado y por demostrarles que no tienen por qué esconderse. Que el mundo, hermoso y ancho, también es suyo.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



Esta pequeña y angosta puerta, que obliga a los visitantes a agacharse para poder entrar, da acceso a la Basílica de la Natividad, en Belén. En su interior, una brillante estrella de plata señala el lugar donde nació Jesucristo.



Se ven pocas mujeres por las calles jordanas y la mayoría de ellas manifiestan muy poco entusiasmo por dejarse fotografiar. Cuando ven una cámara, aprietan el paso y murmuran en voz baja algo que tiene todo el aire de ser una protesta.



Mujeres de pueblo por las calles de Jerusalén. Llevan el vestido típico, largo, adornado con hileras de flores bordadas y un pequeño manto sobre la cabeza. A menudo se cubren el rostro con un pañuelo de gasa rameado.